

# LA EDUCACIÓN CATÓLICA A LA LUZ DE APARECIDA<sup>1</sup>

Presentación en el IV Encuentro de Educadores Católicos  
Arquidiócesis de Corrientes  
6 de septiembre de 2008

Mons. Andrés Stanovnik  
Arzobispo de Corrientes

## 1. Breve presentación del Documento

El *Documento de Aparecida*, sigue la tradición de otros textos de similar origen haciendo referencia al lugar donde fue elaborado. Así sucedió con el documento de *Rio de Janeiro* (1955) de *Medellín* (1968), de *Puebla* (1979) y de *Santo Domingo* (1992). La finalidad de estos encuentros es eminentemente evangelizadora: la Iglesia se siente llamada a profundizar el encuentro con Jesucristo; a confesar, alegrarse y celebrar su fe en él; y a sentirse de nuevo enviada a comunicarlo a los demás por medio de la palabra y del testimonio de vida.

La V Conferencia se preparó con la participación activa de todo el Pueblo de Dios, con numerosos encuentros, seminarios y congresos a nivel continental. Aparecida fue el acontecimiento que culminó esa etapa con la redacción del *Documento Conclusivo*, y abrió una nueva etapa convocando la Misión Continental, cuya inauguración se celebró el pasado 17 de agosto en Quito, Ecuador.

### 1.1 El tema central y el espíritu de Aparecida

El tema central de Aparecida lo entregó el Papa: “*Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida*” – “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (*Jn 14, 6*). **El núcleo del tema es la vida en Cristo. Se trata de la vida en Cristo del discípulo misionero y de nuestros pueblos.** Los discípulos y misioneros son de Jesucristo y nuestros pueblos tienen vida en él. Así vemos cómo la vida en Cristo, vida digna, integral y plena para el discípulo y para nuestros pueblos, es la realidad central para comprender el documento.

La vida en Cristo logró tener esta centralidad gracias al aporte substancial que le dio el Papa Benedicto XVI, cuando se le propuso el tema para la V Conferencia. Él le añadió la expresión “en él”: “...para que nuestros pueblos en él tengan vida”; y la cita de *Jn 14, 6*: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. Con esa inclusión, el tema se centró claramente en Cristo y en la vida que recibimos de él, vivimos con él y en él. Por eso las tres grandes partes del documento se estructuran sobre la vida en Cristo: La vida de nuestros pueblos; La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros; La vida de Jesucristo para nuestros pueblos.

La V Conferencia fue un acontecimiento eclesial vivido en la alegría de la fe y por eso podemos hablar del espíritu de Aparecida. Fue un verdadero encuentro con la persona viva de Jesucristo en el Espíritu Santo, en quien podemos exclamar: “Jesús es el Señor” (*Fil 2, 11*). Es muy importante que digamos esto de entrada porque, como veremos luego, la meta que la escuela católica se propone, respecto de los niños y jóvenes, es la de conducir al encuentro con Jesucristo vivo, porque “no tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser

---

<sup>1</sup> Parte de esta presentación es una síntesis de la conferencia pronunciada el 29 de febrero de 2008 en Posadas, Misiones, con ocasión de la Jornada para Docentes Católicos organizada por CONSUDEC y la Junta local.

instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias” (14).

El encuentro, cuando es auténtico, se transforma en misión que multiplica ese encuentro. El texto de Aparecida refleja ese ímpetu misionero cuando exclama: “¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza!” (548).

## 2. La Educación en el *Documento Conclusivo*

### 2.1. Llamado a una profunda renovación

Aparecida recogió el anhelo y la necesidad que siente la Iglesia hoy de reencontrarse con Cristo y renovarse profundamente. En este contexto, la escuela católica está llamada a una profunda renovación (337), como se afirmó en Aparecida. Esa profunda renovación brota de la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo y de la comunicación de esa experiencia a los demás. Porque, “sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar” (549).

El *Documento Conclusivo* trata el tema de la educación en la segunda y en la tercera parte del documento. En la segunda parte encontramos 19 párrafos (328–340) dedicados a la Educación Católica, ordenados bajo dos subtítulos: “Los centros educativos católicos” y “Las universidades y centros superiores de educación católica”. En la tercera parte vuelve aparecer el tema bajo el título: “La educación como bien público” y le dedica 3 párrafos (481–483).

La primera frase, que trae Aparecida sobre la Educación Católica, constata que “América Latina y El Caribe viven una **particular y delicada emergencia educativa**” (328). Esta emergencia sobreviene porque vivimos un fuerte cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural. Por esto, la sociedad latinoamericana se experimenta como una sociedad inestable y en transición, con sus luces y sombras. La Iglesia católica también está inmersa en este cambio<sup>2</sup>.

Esta constatación nos coloca inmediatamente ante las cosas esenciales de la vida. Cuando hay una emergencia, el tiempo apremia y urge salvar lo más importante. La amenaza, que hoy nos pone en estado de alerta, compromete nada menos que la identidad de la escuela católica y por ende la razón de su existencia. Y ante esta amenaza, lo primero que hay que hacer es fortalecer su identidad y tener clara la razón de su existencia. Por otra parte, el tema de las identidades es una urgencia global de nuestro tiempo, que abarca la totalidad de la vida y la sociedad entera.

### 2.2. Visión reducida del ser humano

Veamos cuáles son los síntomas que muestran la emergencia educativa y cuál es su gravedad. A propósito, el documento señala que “Las nuevas reformas educacionales de nuestro continente, impulsadas para adaptarse a las nuevas exigencias que se van creando con el cambio global, aparecen centradas prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades y denotan un claro **reduccionismo antropológico**, ya que conciben la educación preponderantemente en función de la producción, la competitividad y el mercado” (328). Cuando la educación se concibe en términos de funcionalismo materialista, se deforma y manipula al ser humano; no se educa, se adiestra, que es muy distinto. Las consecuencias de esta visión reductora del hombre se

<sup>2</sup> *Documento de Síntesis*, n. 58

notan en programas que “propician la inclusión de factores contrarios a la vida, a la familia y a una sana sexualidad”, comprometiendo así la posibilidad de un verdadero encuentro entre las personas.

Para ampliar la visión sobre la expresión “reduccionismo antropológico”, hay que ir a la primera parte del documento. Allí se dice que “los pueblos de América Latina y El Caribe viven hoy una realidad marcada por grandes cambios que afectan profundamente sus vidas” (n. 33) y que necesitamos discernirlos para separar la “paja del trigo” y ver qué sirve y qué no sirve para la vida digna y plena que vino a anunciar Jesús para todos. Esos cambios tienen hoy un alcance global que “trae consecuencias en todos los ámbitos de la vida social, impactando la cultura, la economía, la política, las ciencias, la educación, el deporte, las artes y también, naturalmente, la religión” (34).

Un poco más adelante, se advierte que “la realidad ha traído aparejada una crisis de sentido”, de ese “sentido que da unidad a todo lo que existe y nos sucede en la experiencia, y que los creyentes llamamos el sentido religioso” (37). Esa “falta de sentido unitario de la vida”, es tal vez “uno de los hechos más desconcertantes y novedosos que vivimos en el presente. Nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado. Ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa, que resulta ahora igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales, alcanzando aun la misma familia que, como lugar del diálogo y de la solidaridad intergeneracional, había sido uno de los vehículos más importantes de la transmisión de la fe” (40).

En el documento se constatan las consecuencias que produce en los jóvenes una visión deformada del ser humano, observándose que “no despliegan los mejores valores de los jóvenes ni su espíritu religioso; tampoco les enseñan los caminos para superar la violencia y acercarse a la felicidad, ni les ayudan a llevar una vida sobria y adquirir aquellas actitudes, virtudes y costumbres que harán estable el hogar que funden, y que los convertirán en constructores solidarios de la paz y del futuro de la sociedad”. De este modo se pierde de vista el objetivo esencial de toda educación genuina, que es el de humanizar y personalizar al hombre, en profunda interacción con sus semejantes y orientarlo hacia su fin último que trasciende la finitud esencial del hombre.<sup>3</sup>

Hace poco, el Santo Padre Benedicto XVI se dirigía a la Congregación para la Escuela Católica, diciendo que “también la *escuela* debe interrogarse sobre la misión que debe llevar a cabo en el actual contexto social, marcado por una evidente crisis educativa. La escuela católica, que tiene como misión primaria formar al alumno según una visión antropológica integral, aun estando abierta a todos y respetando la identidad de cada uno, no puede menos que proponer su propia perspectiva educativa, humana y cristiana”.<sup>4</sup>

### **3. El núcleo central del proyecto educativo católico**

El núcleo central del proyecto educativo católico es el encuentro con la persona viva de Jesucristo. Por eso en el documento leemos que el proyecto educativo de la escuela católica, Cristo, el Hombre perfecto, es el fundamento, en quien todos los valores humanos encuentran su plena realización, y de ahí su unidad. Él revela y promueve el sentido nuevo de la existencia y la transforma, capacitando al hombre y a la mujer para pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de vida (335).

Ese núcleo central no se reduce a una mera información sobre doctrina, o sólo transmisión de conocimientos sobre la persona de Jesucristo. Si el proyecto formativo católico se redujera a

---

<sup>3</sup> *Documento de Puebla*, n. 1024.

<sup>4</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a la Congregación para la Educación Católica*, 21 de enero de 2008.

transmitir información, aun cuando ésta resultara excelente, perdería una de sus dimensiones fundamentales que sostiene la identidad de una escuela católica: ser un verdadero sujeto eclesial y un lugar donde el creyente (alumno, docente, directivo, personal no docente, es decir, toda la comunidad educativa) está llamado a hacer la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, como discípulo suyo y en comunidad eclesial<sup>5</sup>. Al mismo tiempo, al ser la escuela católica un lugar de auténtica y específica acción pastoral, significa que esa experiencia profundamente transformadora de encuentro con Jesucristo, se hace misión para la vida de nuestros pueblos.

Por eso, la meta que la escuela católica se propone, respecto de los niños y jóvenes –leemos en el documento– es la de conducir al encuentro con Jesucristo vivo, en la fe vivida y recibida en la Iglesia (336 y 246). La escuela católica, como verdadero sujeto eclesial, colabora en la construcción de la personalidad de los alumnos, teniendo a Cristo como referencia en el plano de la mentalidad y de la vida (336).

¿Qué significa y qué consecuencias trae construir una personalidad que tiene a Cristo como la referencia principal de su vida? Tal referencia, al hacerse progresivamente explícita e interiorizada, le ayudará a ver la historia como Cristo la ve, a juzgar la vida como él lo hace, a elegir y amar como él, a cultivar la esperanza como él nos enseña, y a vivir en él la comunión con el Padre y con el Espíritu Santo (336).

### 3.1 Principales elementos del proyecto educativo

Frente a cambios profundos y totales, que afectan a todos los hombres y a todo el hombre, no extraña que en el documento se vea “necesario insistir en el auténtico fin de toda escuela” y se reconozca que la Escuela Católica está llamada a una profunda renovación”. Esta renovación tendrá lugar en la medida que Cristo, el Hombre perfecto, sea el fundamento del proyecto educativo de la escuela católica, donde se promueva la formación integral de la persona, con identidad eclesial y cultural, y con excelencia académica. Además, ha de generar solidaridad y caridad con los más pobres (337).

De aquí se desprenden los elementos principales que dan identidad a un proyecto educativo católico: formación integral de la persona; formación fundada en Cristo; formación con identidad eclesial y cultural; formación con excelencia académica; formación para la solidaridad y caridad con los más pobres. Estos elementos tienen que ser transversales a todo el currículum educativo y tener en cuenta el proceso de formación para encontrar a Cristo y para vivir como discípulos y misioneros suyos (338).

En seguida “se recomienda que la comunidad educativa, en cuanto auténtica comunidad eclesial y centro de evangelización, asuma su rol de formadora de discípulos y misioneros en todos sus estamentos” (338). Y añade una frase que no conviene pasar por alto: “Estos objetivos –afirma– son esenciales en los procesos de admisión de alumnos, sus familias y la contratación de los docentes”.

En la tercera parte del documento encontramos tres números dedicados a la educación como bien público (481-483). Allí se recuerda la misión que tiene el Estado en el campo educativo y que “los centros educativos no deberían ignorar que la apertura a la trascendencia es una dimensión de la vida humana, por lo cual la formación integral de las personas reclama la inclusión de contenidos religiosos” (481). A continuación se exhorta a empeñarse en “la formación religiosa de los fieles

---

<sup>5</sup> Por ser la escuela católica una particular expresión de la Iglesia –como lo afirma la Congregación para la Educación Católica, en el documento *Educar juntos en la Escuela Católica*, 8 de agosto de 2007, n. 16– el ámbito escolar se convierte en un lugar propio y privilegiado para conducir al encuentro con Jesucristo y educar en el espíritu del discipulado misionero a todos sus miembros.

que asisten a las escuelas públicas de gestión estatal”, y agradece “la dedicación de los profesores de religión en las escuelas públicas” (483).

### 3.2. Para educar hay que saber “contener”

El problema de fondo que siempre tuvo que resolver la educación, sea en el ámbito formal o informal, en la familia o en la sociedad, es cómo hacer que el ser humano se vaya integrando con sus semejantes en forma armónica y capacitarlo para construir un proyecto de vida en común. Ese proceso de integración empieza desde el instante mismo de la concepción y continúa luego durante todo el transcurso de la vida. Esa integración se realiza mediante sucesivas crisis, que posibilitan crecimiento e integraciones más maduras cuando hay claridad de método y de metas, de estrategias y de contenidos. En otras palabras, la integración se logra si las pautas de convivencia son claras y si esas pautas se respetan. Pero eso se consigue cuando la comunidad sabe dar respuestas a las preguntas fundamentales que definen la identidad de la persona y de su misión en el mundo.

Todo educador experimenta hoy la dificultad que tienen los niños y jóvenes de establecer vínculos con sus pares y con sus mayores. La gran preocupación del docente ante cada hora de clase es cómo hacer para “contener” el grupo, es decir, para mantenerlo “vinculado” y no se le disgregue. Es la misma preocupación que vivimos en la familia y en la sociedad. Crece la dificultad de concentración y atención, aumenta el nivel de agresión, se instala cada vez más el enfrentamiento de padres y educadores, todo lo cual nos indica que se van licuando los límites de contención y no se sabe cómo ni en base a qué volver a recuperarlos. La autoridad civil, los profesionales especializados y los organismos de seguridad, no logran resolver el problema.

Hoy es tan difícil “contener” a los padres y tutores, como a los niños y a los jóvenes. En realidad, ni unos ni otros logran “contenerse” a sí mismos. Y al no poder contenerse por falta de límites, tampoco logran trascenderse. Con frecuencia sucede que el docente teme más la falta de contención con la que vienen los padres que la que presentan los chicos. Los preocupantes síntomas de violencia entre niños y adolescentes, de los embarazos precoces, de la expansión y consumo de droga y de alcohol, tienen su origen en las graves carencias que tenemos para educar en el amor. Y esta educación tiene su base la familia. Si se la debilita, se debilita el proceso formativo y la capacidad de socialización que debería adquirir la persona en la familia, que es su ese ámbito primario y natural. A este debilitamiento de la familia, que luego repercute en la escuela y en la sociedad entera, colabora una cultura mediática, basada fundamentalmente en el pensamiento que no reconoce nada como definitivo y deja como última medida el propio yo y sus caprichos<sup>6</sup>.

Aparecida nos advierte que hay una cultura que se caracteriza por la autorreferencia del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro, a quien no necesita ni del que tampoco se siente responsable (46). Se debilitan así los vínculos comunitarios, se desdibujan las identidades y las relaciones son inestables e inconsistentes. Esta liquidez de los vínculos trae como consecuencia un lavado de identidades. Los vínculos carecen de vigor y la ternura se confunde con el consentimiento. Todo se vuelve inestable, no hay límites y al no haber límites no hay contención ni hay camino.

No es posible “contener” a nadie si no se sabe porqué y para qué contenerlo. Es decir, si no se tiene clara la meta. Y cuando se trata de “contener” al ser humano, es preciso colocarse ante los interrogantes fundamentales de la existencia: ¿Quién soy? ¿Hacia dónde va mi vida? ¿Qué sentido tiene el dolor? ¿Cómo explicar el mal, la muerte? ¿Qué hay después de esta vida terrenal?”<sup>7</sup> Si no tenemos respuesta a esos interrogantes, ¿cómo podemos educar personas? La respuesta a esas

<sup>6</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía Pro eligendo Romano Pontifice*, abril de 2005.

<sup>7</sup> Cf. *Gaudium et Spes*, n. 10).

preguntas contiene los anhelos más hondos del niño y del joven y los capacita para el encuentro consigo mismos, con los otros y con Dios. Por el contrario, la ignorancia sobre esas realidades esenciales los aísla y confunde.

No es lo mismo “contener” que “entretener”<sup>8</sup>, educar que adiestrar. No es raro que las confundamos. Adiestrar es enseñar manipulando y entretener, un pasatiempo peligroso que reemplaza la exigencia de contención que nos plantea el desafío educativo. Para evitar estos peligros, sobre todo en tiempos en que los cambios ponen en crisis todos los valores, es vital tener presente el auténtico fin de toda escuela, que no es otro que la persona humana y la respuesta a sus interrogantes fundamentales. A partir de allí se podrá educar en las dimensiones física, afectiva, cognitiva, comunitaria y social, ético valorativa y trascendente de los educandos.

El mensaje cristiano es optimista sobre la persona humana y la sociedad. En este sentido, el documento de Aparecida señala algunos aspectos positivos del cambio cultural, como por ejemplo, hay una valoración de la persona, de su conciencia y experiencia, la búsqueda del sentido de la vida y de la trascendencia. Emerge como valor la sencillez y el reconocimiento en lo débil y lo pequeño de la existencia, con una gran capacidad y potencial que no pueden ser minusvalorados. La necesidad de construir el propio destino y el anhelo de encontrar razones para vivir, pueden poner en movimiento el deseo de encontrarse con otros y compartir lo vivido, como una manera de buscar juntos y darse una respuesta. Se trata de una afirmación de la libertad personal y, por ello, de la necesidad de cuestionarse en profundidad las propias convicciones y opciones (52). Estos aspectos y otros pueden ser un buen punto de partida para humanizar e integrar mejor el proceso educativo.

### 3.3. Un encuentro auténtico es siempre misionero

Todo encuentro humano, que se vive en la verdad y en la libertad renueva el espíritu de las personas y las abre a una realidad sin límites. Por eso, san Agustín no duda en afirmar: “Ama y haz lo que quieras”.<sup>9</sup>

El acontecimiento de Aparecida reveló la necesidad de centrarse en el encuentro con Jesucristo vivo, como vínculo esencial que determina la identidad del sujeto y de la comunidad. El tema que orientó la reflexión de ese encuentro, discípulos y misioneros de Jesucristo, muestra la preocupación de llegar a lo más hondo de la dimensión relacional de la persona humana. Porque “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.<sup>10</sup> Hay que tener en cuenta que ese “comienza a ser” no es un inicio cronológico, sino existencial que exige un “recomenzar siempre” de la experiencia del encuentro.

A partir de esto, hay algunas realidades claves que necesitamos repensar para acompañar y orientar bien un proceso educativo, que son: identidad y misión, integración y pertenencia, autoridad y libertad. El ser humano es esencialmente relación. La tarea de construirse dependerá de cómo encara sus relaciones básicas de integración y pertenencia. Como el ser humano no puede

---

<sup>8</sup> “Al estar debilitándose la capacidad de concentración del ser humano, es preciso recurrir a cualquier artilugio para mantener la atención de los jóvenes espectadores. Porque en realidad, el problema es que nos estamos quedando sin alumnos, sin personas deseosas de encarar el esfuerzo que supone aprender, de “escuchar” al maestro. El entretenimiento “light” del cliente-espectador reemplaza al trabajo riguroso y metódico que implica el aprendizaje del alumno.” (Etcheverry Jaim, “Volver a educar”, nota publicada en el diario Los Andes, Mendoza, 01 de septiembre de 2008.

<sup>9</sup> “Ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Si tienes el amor arraigado en ti, ninguna otra cosa sino amor serán tus frutos”. Es el contexto de la frase citada arriba y que corresponde a San Agustín de Hipona (año 350-430).

<sup>10</sup> BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, n. 1.

darse la vida a sí mismo, tampoco puede construirla sólo a partir de sí mismo, sino que necesitará ser acompañado y orientado por otros. Aquí entra en juego la autoridad y la libertad, de tal manera que la autoridad desempeñe realmente el servicio de ayudar a crecer, es decir, de proporcionar los medios para que la persona aprenda a ejercer su libertad orientándola hacia el bien de sí mismo y de los demás. Hay que pensar de nuevo estos binomios, profundizar su contenido existencial, iluminarlos con el Evangelio y con la doctrina del Magisterio, sobre todo a partir de un renovado encuentro con Jesucristo vivo.

Recordemos que todo encuentro auténticamente eclesial, es intrínsecamente misionero. La Iglesia existe para la misión. En este sentido, la escuela católica, como verdadero sujeto eclesial, es un “lugar” privilegiado para el encuentro con Jesús, para dejarse evangelizar y para proyectarse con audacia hacia la misión. Para ello, es preciso abrir el corazón al Espíritu Santo, en quien podemos exclamar: “Jesús es el Señor” (cf. *1Cor* 12, 3), y experimentar que “conocerlo a él es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo” (29). Quiera Dios que en nuestras comunidades educativas, verdaderos sujetos eclesiales, logremos vivir intensamente esta experiencia de vida digna y plena en Jesús, la transmitamos a los jóvenes, formando personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a la propia vida.

Dirección original: <http://www.arzcorrientes.com.ar/documento/Homilias%202008/ConferenciaIVEncuentroEducadoresCatolicos.doc> (5-VII-2010).

[www.inculturacion.net](http://www.inculturacion.net)